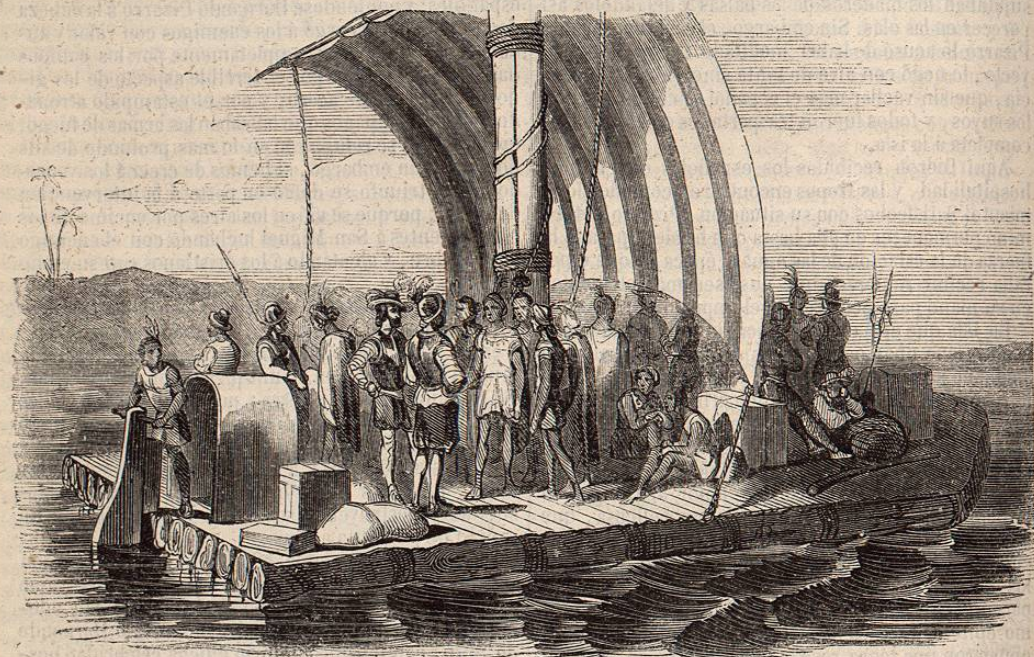


Este refuerzo fue muy oportuno y muy agradable á Pizarro, que estaba ya muy disgustado con su posición en la isla, donde no hallaba nada que compensase la vida de hostilidad incesante á que se veía condenado. Con estos reclutas, sesentia con bastante fuerza para pasar al continente y para volver á emprender sus operaciones militares en el verdadero teatro de los descubrimientos y de la conquista. Por los indios de Tumbes supo que hacia algun tiempo que el pais se hallaba agitado con una guerra civil entre dos hijos del último monarca, competidores al trono. Pizarro consideró esta noticia como cosa de la mayor importancia, porque recordaba el uso que habia hecho Cortés de disensiones análogas entre las tribus de Anahuac. Es verdad que Pizarro parece haberse propuesto por modelo y ejemplo á su gran predecesor en muchas ocasiones ademas de esta. Pero se quedó á mucha distancia de su modelo; porque á pesar del freno que á veces se imponía á sí mismo, su naturaleza mas grosera y su carácter mas feroz rom-



Los españoles trasportados en una balsa á la isla de Puná.

Yupanqui, uno de los mas célebres «hijos del Sol», que llevando las armas del Perú al traves de los ardientes arenales de Atacama, penetró en los remotos límites de Chile, mientras que en la opuesta direccion estendia su imperio con la adquisicion de las provincias meridionales de Quito. Su hijo Huayna Capac dirigia la guerra por esta parte, y sucediendo á su padre en el trono, llegó á ser tan grande como él en fama militar y en capacidad para el gobierno del pais.

Bajo el mando de este principe, todo el poderoso estado de Quito, que rivalizaba con el mismo Perú en riqueza y civilizacion, fue sometido al cetro de los Incas; cuyo imperio recibió por medio de esta conquista el incremento mas considerable que habia tenido desde la fundacion de la dinastia de Manco Capac. Los últimos dias del monarca victorioso se

descub., MS. — Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III págs. 182, 185.

pian á menudo todos estos lazos y lo inducian á observar una conducta diametralmente opuesta á la que una política prudente le indicaba, y que jamas hubiera aprobado el conquistador de Méjico.

CAPITULO II.

El Perú en la época de la conquista. — Reinado de Huayna Capac. — Los hermanos del Inca. — Disputa sobre el imperio. — Triunfo y crueldades de Atahualpa.

ANTES de acompañar á Pizarro y á sus compañeros al pais de los Incas, conviene manifestar al lector la situación critica del reino en aquella época; porque los españoles llegaron cabalmente en el momento de consumarse una importante revolucion, en una crisis de las mas favorables á sus proyectos, y sin cuyo auxilio la conquista, con un puñado de soldados como el que iba á emprenderla, no se hubiera podido llevar á cabo jamas.

En la última parte del siglo xv murió Tupac Inca

emplearon en someter á las tribus independientes que ocupaban los remotos límites de su territorio, y aun mas en consolidar sus conquistas introduciendo en ellas las costumbres y la civilizacion peruana. Ocupóse activamente en completar las grandes obras de su padre, especialmente los caminos que unian á Quito con la capital. Perfeccionó el establecimiento de los correos, trabajó mucho por introducir el dialecto Quichua en todo el imperio, mejoró la agricultura, y en una palabra dió estímulo á los diferentes ramos de la industria doméstica y desarrolló varios planes ilustrados que habian concebido sus predecesores para mejorar la condicion de su pueblo. Bajo su mando la monarquía peruana llegó á su período mas brillante; y tanto bajo su cetro como bajo el de su ilustre padre, estaba avanzando tan rápidamente en la carrera de la civilizacion, que pronto hubiera llegado al nivel de las naciones mas civilizadas del Asia, ofreciendo quizas al mundo una prueba mas elevada del punto á que puede llegar la capacidad del indio ame-

ricano, que las que se han encontrado en el resto del gran continente occidental. Pero otro destino, y muy triste por cierto, era el que el porvenir destinaba á las razas indias.

La primera llegada de los blancos á las costas del Pacífico en la América del Sur ocurrió unos diez años antes de la muerte de Huayna Capac, cuando Balboa atravesó el golfo de San Miguel y obtuvo la primera

noticia inteligible del imperio de los Incas. No se sabe si llegaron á oídos del monarca indio rumores de estas aventuras. No hay duda sin embargo que tuvo noticias de la primera expedicion á las órdenes de Pizarro y Almagro, cuando este último penetró hasta el río de San Juan, como á unos cuatro grados al Norte. Los informes que recibió hicieron mucha impresion en el ánimo de Huayna Capac, porque descubrió en el



Hernando Pizarro herido en Puná.

valor formidable y en las armas de los invasores pruebas de una civilizacion muy superior á la de su pueblo. Manifestó sus temores de que volviesen, y que en alguna época no muy remota quizas, fuese conmovido el trono de los Incas por estos extranjeros que disponian de un poder tan incomprendible (1). Para la vista vulgar, no era mas que un punto en el remoto horizonte; pero la del sagaz monarca parecia descubrir en él el germen de la tormenta que habia de estenderse y desarrollarse hasta reventar en toda su furia sobre su nacion.

Hay motivos para creer que esto sea verdad. Pero en otras relaciones, aceptadas por el vulgo, se refiere que la primera aparicion de los blancos en el pais estaba de acuerdo con antiguas predicciones, y que coincidió con ocurrencias sobrenaturales que llenaron de pavor á todos los peruanos. Viéronse cruzar cometas de siniestra luz por los cielos. Los terremotos se multiplicaron; la luna se vió rodeada de círculos de fuego de muchos colores; un rayo cayó en uno de los alcázares reales y lo convirtió en cenizas; y se vió sobre la gran plaza del Cuzco una águila perseguida por varios halcones, gritando asustada, que al cabo cayó, herida de muerte por las garras de sus enemigos, en presencia de muchos nobles Incas, que vieron en este hecho un triste agüero de su propia destruccion. El mismo Huayna Capac, cuando conoció que iba á morir, convocó á sus grandes dignatarios, y les anunció la destruccion del imperio por esa raza de extranjeros blancos y con barbas, como el cumplimiento de lo que habian pronosticado los orá-

(1) Sarmiento, cuyo testimonio es siempre de mucho peso, dice que le refirió esto mismo un noble de la raza Inca que lo oyó. Relacion, MS., cap. LXV.

culos para despues del reinado del duodécimo Inca, mandándoles al mismo tiempo que no resistiesen á la voluntad del cielo, sino que se sometiesen á sus representantes (2).

Tal es la impresion que causó la llegada de los españoles á aquel pais, lo que nos recuerda los sentimientos idénticos de terror supersticioso que causó su presencia en Méjico. Pero las tradiciones de este último pais descansan en testimonios mucho mas sólidos que las del Perú, que no estando apoyadas por autoridades contemporáneas, dependen exclusivamente del dicho de un escritor hijo de aquel pais, que sin duda creyó encontrar en los inevitables decretos del cielo la mejor escusa de la indolencia de sus paisanos.

No es improbable que se estendiesen gradualmente rumores de la llegada de una raza extraña y misteriosa por todas las tribus indias que ocupaban las grandes llanuras elevadas de las cordilleras, y que hiciesen estremecer el corazon de los guerreros mas valientes con sentimiento de terror indefinido, como si anunciasen alguna próxima calamidad. Estando en semejante situación los ánimos, era natural que las convulsiones físicas á que está particularmente es-

(2) Garcilasso de la Vega da en su obra una relacion minuciosa de todas estas ocurrencias sobrenaturales. (Com. Real, parte I, lib. IX, cap. XIV.) La situación de este escritor le abria la fuente de todas las noticias mas exactas, ventaja equilibrada con exceso por los defectos de su carácter, por su infantil curiosidad, y por su deseo de abultar todo lo relativo á su clase y aun á su nacion. Su obra es el origen de casi todos los hechos, y tambien de casi todas las mentiras que han circulado en el mundo sobre los peruanos antiguos. Por desgracia en época tan remota no es fácil distinguir lo uno de lo otro.

puesto aquel país volcánico, liciesen en ellos mas impresion que la acostumbrada; y que los fenómenos que solo se hubieran considerado como extraordinarios en las épocas de seguridad política, se interpretasen ahora por el supersticioso adivino como decretos celestiales por cuyo medio el Dios de los Incas anunciaba la caída de su imperio.

Huayna Capac tenia segun costumbre de los príncipes peruanos, una multitud de concubinas que le dieron una numerosa posteridad. El heredero de la corona, el hijo de su mujer legítima y hermana, se llamaba Huascar (1). En la época histórica de que ahora nos ocupamos, habia cumplido unos treinta años. Despues del heredero aparente seguia en el órden de sucesion Manco Capac, hijo de otra esposa prima del monarca, príncipe jóven que desempeñará un papel importante en nuestra historia futura. Pero el mas querido de los hijos del Inca era Atahuallpa. Su madre era hija del último Scyri de Quito, que habia muerto de dolor, segun se decía, poco despues de conquistado su reino por Huayna Capac. La princesa era hermosa, y el Inca, ya fuese para satisfacer su pasion, ya, como dicen los peruanos, por indemnizarla de la ruina de sus padres, la recibió entre sus concubinas. Los historiadores de Quito aseguran que era su legítima esposa; pero este honor, segun las costumbres del imperio, se reservaba á las doncellas de la sangre Inca.

Huayna Capac pasó los últimos años de su vida en su nuevo reino de Quito. Por consiguiente, Atahuallpa se educó á su vista, lo acompañó en su infancia en todas sus campañas, durmiendo en la misma tienda que su padre y comiendo en el mismo plato (2). La viveza del niño, su valor y su generosidad, sedujeron hasta tal punto el amor del anciano monarca, que resolvió separarse de las costumbres establecidas en su reino, y dividir el imperio entre él y su hermano mayor Huascar. En en el lecho de la muerte convocó á su alrededor los altos funcionarios de la corona, y les declaró que era su voluntad que el reino de Quito pasase á Atahuallpa, quien en cierto modo podía tener derecho á él como dominio de sus antepasados. Dió el resto del imperio á Huascar, y mandó, á los dos hermanos que consintiesen en este arreglo, y que viviesen en paz y amistad uno con otro. Esta fue la última determinacion que adoptó el heróico monarca, é indudablemente la menos política de toda su vida; con su último aliento derribó las leyes fundamentales del imperio, y mientras que recomendaba la concordia á los herederos de su autoridad, les dejaba en la division de esta las semillas de una discordia inevitable (3).

Parece probable que su muerte ocurrió á fines de 1525, siete años apenas antes de la llegada de Pi-

(1) *Huascar* en el dialecto quichua, significa *cable*. Es muy singular el motivo que hizo que se aplicase al heredero de la corona. Huayna Capac celebró el nacimiento del príncipe con una fiesta en que hizo bailar á sus nobles agarrados á una cadena de oro macizo. La cadena tenia seiscientos pies de largo, y sus eslabones eran casi bastante grandes para abrazar la muñeca del brazo. (Véase Zárate, *Conq. del Perú*, libro I, cap. XIV. — Garcilasso, *Com. Real*, parte I, lib. IX, cap. I.) Este último escritor dice que supo esto por un tío suyo Inca que parece haber sido muy aficionado á lo sobrenatural y maravilloso, aunque no demasiado, segun parece, para los que le escuchaban, pues este cuento ha sido inmediatamente prohibido por casi todos los escritores españoles, tanto de aquel siglo como del que siguió.

(2) «Atabalpa era bien quisto de los capitanes viejos de su padre y de los soldados, porque anduvo en la guerra en su niñez, y porque él en vida le mostró tanto amor que no le dejaba comer otra cosa que lo que él le daba de su plato, Sarmiento, *Relacion*, MS., capítulo LXVI.

(3) Oviedo, *Hist. de las Indias*, MS., parte I, lib. VIII, capítulo IX. — Zárate, *Conq. del Perú*, lib. I, cap. XII. — Sarmiento, *Relacion*, MS., cap. LXV. — Xerez, *Conq. del Perú*, ap. Barcia, tomo III, pág. 201.

zarro á Puná (4). Las noticias de su muerte espacion el dolor y la consternacion en todo el imperio; porque aunque duro é inexorable con los rebeldes y el enemigo obstinado, era un monarca valiente y magnánimo, y legisló con la amplitud de miras de un príncipe que consideraba toda la estension de sus dominios como igualmente acreedora á su cuidado y vigilancia. El pueblo de Quito lisonjeado por las pruebas que le habia dado de preferencia, residiendo constantemente en aquel país y hermoseando su capital, se llenó de luto á su muerte; y sus súbditos del Cuzco, envanecidos con las glorias que sus armas y su talento habian dado á su patria, no lo miraban con menos admiracion (5). Mientras que los mas inteligentes y mas tímidos en ambos países miraban con recelo el porvenir, cuando el cetro del imperio en vez de ser manejado por la esperiencia de la edad iba á dividirse entre príncipes rivales, naturalmente celosos uno de otro y por su edad espuestos necesariamente á la maléfica influencia de astutos y ambiciosos consejeros, el pueblo manifestaba su dolor con las honras sin ejemplo que dedicaba á la memoria del monarca difunto. Su corazón se dejó en Quito, y su cuerpo embalsamado, segun la costumbre del país, fue trasportado al Cuzco para ocupar su puesto en el gran templo del Sol al lado de los restos de sus régios antecesores. Sus funerales se celebraron con esplendor sangriento en ambas capitales de su dilatado territorio, y dícese que algunos miles de sus concubinas imperiales, con numerosos empleados de su palacio, manifestaron su dolor ó su supersticion sacrificándole sus vidas, á fin de acompañar á su señor difunto á las brillantes mansiones del Sol (6).

Durante casi cinco años despues de la muerte de Huayna Capac, los hermanos reinaron cada cual en su parte del imperio sin desconfianza uno de otro, ó á lo menos sin hacerse la guerra. Parecia como que iba á quedar completamente satisfecho el deseo de su padre, y que ambos estados iban á mantener sus respectivas integridad é independencia, como si jamas hubiesen estado unidos. Pero con las muchas causas de recelo y de descontento que existian, y con los enjambres de aduladores cortesianos que esperaban medrar fomentando estos sentimientos, fácil era prever que semejante tranquilidad no podia durar mucho. Ni hubiera durado tanto á no ser por el carácter bondadoso de Huascar, que era el único que tenia motivos de queja. Tenia cuatro ó cinco años mas que su hermano, y no cabe duda alguna sobre su valor, pero era un príncipe generoso y pacífico, y quizás si se le hubiera abandonado á sí mismo, se hubiera sometido á un arreglo que, por desagradable que fuese, era la voluntad de su padre que ahora se hallaba en el cielo. Pero Atahuallpa era de temperamento muy distinto; belicoso, ambicioso y atrevido;

(4) La fecha exacta de este acontecimiento, aunque tan próximo á la conquista, es dudosa. Balboa, contemporáneo de los conquistadores, y que escribió en Quito, donde el Inca murió, la fija en 1525. (*Hist. del Perú*, cap. XIV.) Velasco, otro habitante del mismo punto, despues de investigar y examinar diferentes relaciones, llega al mismo resultado. (*Historia de Quito*, tomo I, pág. 252.) El doctor Robertson, despues de decirnos que Huayna Capac, murió en 1529, vuelve á hablar de este acontecimiento como si hubiese ocurrido en 1527. (*Conf. América*, vol. III, págs. 25, 581.) Los que están acostumbrados á verse confundidos con los errores cronológicos de los cronistas antiguos, no se sorprenderán al descubrir que cuando en cuando estos errores en un escritor que tienen que tomar á esos cronistas por guías de sus escritos.

(5) No se puede poner en duda la popularidad de este monarca con la parte femenina de sus súbditos, si, como dice el historiador de los Incas, jamas negó á mujer alguna, sea de la edad ó condicion que fuese, cualquier favor que solicitase de él. *Com. Real*, parte I, lib. VIII, cap. VII.

(6) Sarmiento, *Relacion*, MS., cap. LXV. — Herrera, *Hist. general*, dec. V, lib. VIII, cap. XVII.

siempre estaba empeñado en expediciones destinadas á estender los límites de su territorio, aunque su astuta política lo inclinaba á no aumentar sus conquistas en la direccion del país perteneciente á su régio hermano. Su espíritu inquieto causaba, sin embargo, alguna alarma en la córte del Cuzco, y Huascar por fin, envió un embajador á Atahuallpa para reconvenirlo por su ambicion, y para exigirle que le hiciese pleito homenaje por su reino de Quito.

Esto es segun algunos escritores; segun otros parece que la causa inmediata de la disputa consistió en que Huascar reclamó el territorio de Tumbamba, que poseía su hermano, como parte de su herencia paterna. Importa poco cuál fuese el motivo ostensible de la disputa entre personas colocadas por las circunstancias en tan falsa posición respectivamente una á otra, que tarde ó temprano la lucha entre ellas era inevitable.

El principio, y en general todo el curso de las hostilidades que no tardaron en estallar entre los dos hermanos, se refieren con increíble divergencia, tanto mas extraordinaria, cuanto que estos sucesos ocurrieron poco antes de la invasion de los españoles. Uno dicen que en su primer encuentro con las tropas del Cuzco, Atahuallpa fue derrotado y cayó prisionero cerca de Tumbamba, residencia favorita de su padre en el antiguo territorio de Quito y en el distrito de Cañaris. Recobróse de este desastre escapándose de su encierro, y volviéndose á su capital, donde muy pronto se encontró al frente de un ejército muy numeroso, mandado por los capitanes mas valientes y mas experimentados del imperio. Las maneras francas del jóven Atahuallpa lo habian hecho muy popular entre los soldados, con los que, como ya hemos visto, habia servido en mas de una campaña durante la vida de su padre. Estas tropas eran la flor del gran ejército del Inca, y algunos habian encañecido en la larga carrera militar de este, que los dejó en el Norte, donde fácilmente trasladaron su obediencia al jóven soberano de Quito. Mandábanlas dos oficiales de mucha consideracion, ambos de gran esperiencia en asuntos militares, y que poseian toda la confianza del último Inca. Uno de ellos se llamaba Quizquiz; el otro, que era tío por parte de madre de Atahuallpa, se llamaba Challeuchina.

Guiado por guerreros de tanta esperiencia, el jóven monarca se puso al frente de su ejército y dirigió su marcha hácia el Sur. Apenas habia llegado á Ambato, como á sesenta millas de su capital, cuando se encontró con un numeroso ejército que contra él enviaba su hermano, bajo las órdenes de un gefe distinguido de la familia Inca. Siguióse un combate sangriento, que duró la mayor parte del día; y el teatro de esta batalla fue la falda del colosal Chimborazo (1).

Atahuallpa triunfó, y los peruanos fueron derrotados con gran matanza y con pérdida de su gefe. El príncipe de Quito se aprovechó de este triunfo para proseguir su marcha, hasta que llegó á las puertas de Tumbamba, ciudad que, lo mismo que todo el distrito de Cañaris, aunque dependencia antigua de Quito, se habia declarado por su rival en esta lucha. Entrando en la ciudad cautiva como conquistador, pasó á cuchillo á sus habitantes y la arrasó, con todos sus suntuosos edificios, algunos de los cuales habian sido construidos por su padre. La misma guer-

(1) Garcilasso sostiene que no hubo mas que insignificantes escaramuzas antes de la accion decisiva en las llanuras del Cuzco. Pero el licenciado Sarmiento que, segun nos dice, recogió la historia de estos acontecimientos de boca de los que tuvieron parte en ellos, recorrió el campo de batalla de Ambato cuando aun estaba la tierra cubierta con los huesos de los muertos. «Yo he pasado por este pueblo y he visto el lugar donde dicen que esta batalla se dió, y cierto segun hai la osamente debieron aun de morir mas gente de lo que cuentan,» *Relacion*, MS., cap. LXIX.

ra de esterminio hizo al atravesar todo el distrito rebelde de Cañaris. En algunos lugares dicen que las mujeres y los niños salian en triste procesion, con palmas en las manos, para implorar su misericordia; pero el vengativo vencedor, sordo á sus ruegos, asoló el país á sangre y fuego, sin perdonar á hombre alguno capaz de llevar armas que cayese en sus manos (2).

Las desgracias de Cañaris aterraron á los enemigos de Atahuallpa; y todas las ciudades iban abriendo sus puertas al vencedor que marchaba triunfante hácia la capital peruana. Sus armas experimentaron un ligero reves al frente de la isla de Puná, cuyos intrépidos guerreros defendian la causa de su hermano; y despues de perder algunos dias en este punto, Atahuallpa dejó la lucha en manos de los antiguos enemigos de aquellos, los de Tumbamba, que desde el principio se habian adherido á su partido, y siguió su marcha, avanzando hasta Caxamalca, como siete grados al Sur. Aquí se detuvo con un destacamento de sus fuerzas, enviando al cuerpo principal bajo el mando de sus dos generales en línea recta al Cuzco. Proferia no adelantar mas en el territorio enemigo en que una derrota podria serle fatal; y estableciéndose en Caxamalca podia sostener á sus generales en caso de ocurrir un reves, ó en el peor caso posible asegurar su retirada á Quito hasta que estuviese en estado de emprender de nuevo las hostilidades.

Avanzando los dos comandantes á marchas forzadas, llegaron por fin á cruzar el rio Apurimac, y acamparon á corta distancia de la capital del Perú. Entre tanto Huascar no permanecia ocioso. Al recibir noticias de la derrota de su ejército en Ambato, hizo grandes esfuerzos para levantar tropas en todo el país. Dícese que por consejo de sus sacerdotes, los consejeros menos competentes en época de peligro, determinó esperar á que el enemigo se acercase á su capital; y hasta que este llegó á pocas leguas del Cuzco, el Inca volviendo á consultar á los sacerdotes, no salió á presentarle la batalla.

Los dos ejércitos se avistaron en la llanura de Quipaypan, cerca de la metrópoli india. En cuanto al número de las tropas, hay la acostumbrada divergencia en los escritores; pero las de Atahuallpa tenian una gran superioridad de disciplina y esperiencia, porque una gran parte de las de Huascar se componia de gente bisona recién reclutada en los alrededores. Ambos ejércitos pelearon sin embargo con la desesperacion del que sabe que juega el todo por el todo. Ya no se disputaba una provincia, sino un imperio. Las tropas de Atahuallpa, embriagadas con sus recientes triunfos, peleaban con la confianza que da la superioridad; mientras que los leales vasallos del Inca daban pruebas de esa lealtad absoluta de hombres que no piensan en su propia vida cuando sirven á su señor.

La batalla duró con el mayor encarnamiento desde que amaneció hasta el anochecer; y la tierra estaba cubierta de montones de muertos y moribundos cuyos huesos quedaban aun sobre el campo de batalla mucho despues de la conquista de los españoles. Por fin la fortuna se declaró en favor de Atahuallpa, ó

(2) «Cuentan muchos indios á quien yo lo oí, que por amansar su ira, mandaron á un escuadron grande de niños y á otro de hombres de toda edad, que saliesen hasta las ricas andas donde venia con gran pompa, llevando en las manos ramos verdes y hojas de palma, y que le pidiesen la gracia y amistad suya para el pueblo, sin mirar la injuria pasada, y que en tantos clamores se lo suplicasen y con tanta humildad, que bastara á quebrantar corazones de piedra; mas poca impresion hicieron en el cruel Atabalpa, porque dicen que mandó á sus capitanes y gentes que matasen á todos aquellos que habian venido, lo cual fue hecho, no perdonando sino á algunos niños y á las mujeres sagradas del templo.» Sarmiento, *Relacion*, MS., cap. LXX.

mas bien se obtuvieron los acostumbrados resultados de la disciplina superior y de la experiencia. Las filas del Inca cedieron por todos lados, y se introdujo en ellas el mas espantoso desorden. Los vencedores persiguieron de cerca á los fugitivos. Huascar mismo entre estos trató de escaparse con unos mil hombres que permanecian alrededor de su persona. Pero el real fugitivo fue descubierto antes que abandonase el campo, su pequeña falange fue envuelta por un número infinito de adversarios, y casi todos los que la componian perecieron defendiendo al Inca. Huascar fue hecho prisionero, y los victoriosos gefes marcharon al instante á su capital, de que tomaron posesion en nombre de su soberano (1).

Estos sucesos ocurrían en la primavera de 1532, pocos meses antes que desembarcasen los españoles. Las noticias de su triunfo y de la prision de su desgraciado hermano, llegaron á oídos de Atahualpa en Caxamalca. Al instante dió orden para que se tratase á Huascar con el respeto debido á su rango, pero que se le trasladase á la gran fortaleza de Xauxa y que fuese estrictamente guardado allí. Pero no terminaron aqui sus órdenes, si hemos de creer lo que dice Garcilasso de la Vega, que era de la raza Inca, y sobrino por parte de madre del gran Huayna Capac.

Segun este autor, Atahualpa invitó á todos los nobles Incas esparcidos por todo el pais, á que se reuniesen en el Cuzco, á fin de deliberar sobre los medios mas oportunos para dividir el imperio entre él y su hermano. Cuando estuvieron reunidos en la capital, los rodeó la soldadesca de Quito, y fueron todos asesinados sin compasion. El objeto de este pódido crimen fue esterminar toda la real familia, cada uno de cuyos individuos podia probar mejor derecho á la corona que el ilegítimo Atahualpa. Pero no paró aqui la matanza. Los hijos ilegítimos como él, hermanos de padre del monstruo, todos en fin los que tenían sangre Inca en las venas, fueron esterminados: y con un apetito sanguinario, sin ejemplo ni aun en los anales del imperio romano ó de la república francesa, hizo matar á todas las mujeres de la familia real, sus tias, sobrinas y primas, y esto con los mas crueles y refinados tormentos. Para aumentar la satisfaccion que le inspiraban las ejecuciones, muchas de ellas se verificaron en presencia del mismo Huascar á quien se obligó así á ser testigo del asesinato de sus propias mujeres y hermanas, que en su dolor y en su agonía le suplicaban en vano que las protegiese (2).

Esto es á lo que se refiere el historiador de los Incas, fiado, segun nos asegura, en lo que le contaron su madre y su tío, quienes siendo niños en aquella época, tuvieron la dicha de hallarse entre los pocos que se libraron de la matanza general de su familia (3); y tal es la relacion que han repetido poste-

(1) Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXVII. — Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, capítulo IX. — Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 202. — Zárate, Conquista del Perú, lib. I, cap. XII. — Sarmiento, Relacion, MS., cap. CXX. — Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS.

(2) Garcilasso, Com. Real, parte I, lib. IX, cap. XXXV — XXXIX.

(3) «A las mujeres, hermanas, tias, sobrinas, primas hermanas y madrastras de Atahualpa, colgaban de los árboles y de muchas horcas muy altas que hicieron: á unas colgaron de los cabellos, á otras por debajo de los brazos, y á otras de otras maneras feas, que por la honestidad se callan: dábanles sus hijuelos, que los tuviesen en brazos; teníanlos hasta que se les caian y aporreaban.» (Ibid., cap. XXXVII.) Esta variedad en torturas indica invencion en el autor, ó mas probablemente en su tío, el Inca viejo, que le referiria sin duda estas carnicerías dignas de Barba-azul.

(3) «Las crueldades que Atahualpa en los de la sangre real hizo, diré de relacion de mi madre, y de un hermano suyo, que se llamó don Fernando Huallpa Tupac Inca Yupanqui, que entonces eran niños de diez años.» Ibid., parte I, lib. IX, cap. XIV.

riormente muchos escritores castellanos sin vacilar en lo mas mínimo. Pero un tejido de atrocidades de esta especie sin provocacion por parte de las víctimas, es demasiado repugnante á los principios de la naturaleza humana, y hasta al sentido comun, para que les demos crédito sin mas seguridad que el dicho de Garcilasso.

Los anales de las naciones semi-civilizadas prueban por desgracia que mas de una vez se ha tratado de extinguir por estos medios una raza odiada, que habia escitado los celos de un tirano; aunque semejante tentativa es tan quimérica casi como lo seria la de estirpar alguna planta particular, cuyas semillas han sido trasportadas á todos los rincones del pais en alas del viento. Pero si realmente trató Atahualpa de esterminar la raza Inca, ¿cómo es que el mismo historiador confiesa que setenta años despues de la supuesta matanza existian cerca de seiscientos descendientes de la raza pura por cuyas venas corria la sangre real (4)? ¿Por qué esta matanza, en lugar de ceñirse á las ramas legítimas del tronco real, que tenían mas derechos á la corona que el usurpador, se estendió á todos los que estuviesen enlazados con él, aun en el grado mas remoto? ¿Por qué incluyó á las ancianas y á las doncellas, y por qué se las sometió á tormentos tan refinados y superfluos, cuando es evidente que unos seres tan impotentes nada podrian hacer que escitasen los celos del tirano? ¿Por qué, cuando se sacrificaron tantos á una vaga aprension de riesgo futuro, se dejó vivir á su rival Huascar y á su hermano menor Manco Capac, los dos hombres de quienes mas tenia que temer el vencedor? ¿Por qué en fin, ninguno de los que escribieron medio siglo antes que Garcilasso refieren sucesos semejante (5)?

Que Atahualpa cometiese escesos, y abusase de los derechos de la conquista por medio de algunos actos gratuitos de crueldad, es fácil de creer, porque ninguno que recuerde la conducta que observó en Cañaris, que sus apologistas mismos no niegan (6), podrá dudar que tenia su parte completa de aquel espíritu vengativo que pertenece á

Esos hijos del Sol, almas de fuego,
Para quienes virtud es la venganza.

Pero hay una gran diferencia entre estos y las atrocidades monstruosas y sin provocacion que se le imputan, y que indicarian una naturaleza diabólica, que no podemos aceptar bajo la palabra de un hombre de partido indio, enemigo mortal de su familia, y cuya relacion ha sido repetida por algunos cronistas españoles, quienes exagerando naturalmente las atrocidades de Atahualpa, tratan de paliar algun tanto la conducta cruel que con él observaron sus compatriotas europeos.

(4) Esto resulta de una peticion en que solicitaban ciertas inmunidades, remitida á España en 1605, y firmada por quinientos sesenta y siete indios de la raza real de los Incas. (Ibid., parte III, lib. IX, cap. XI.) Oviedo dice que Huayna Capac dejó cien hijos é hijas, y que la mayor parte de ellos vivian aun cuando él escribia. Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. IX.

(5) En vano he buscado alguna confirmacion de este cuento en Oviedo, Sarmiento, Xerez, Cieza de Leon, Zárate Pedro Pizarro, Gomara, que todos vivian en aquella época, y tenían á su disposición todos los medios posibles de averiguar la verdad; y todos, debemos añadir, estaban dispuestos á hacer severa justicia á las malas propensiones del monarca indio.

(6) Ninguno de los apologistas de Atahualpa se atrevió á tanto como el padre Velasco, que en el entusiasmo de su lealtad póstuma al monarca de Quito, llega á considerar la matanza de los Cañaris como un castigo muy justo de sus delitos. «Si los autores de que acabo de hablar se hubieran visto en las mismas circunstancias de Atahualpa, y hubieran sufrido tantas ofensas y traiciones, no creo que hubieran obrado de otra manera.» Hist. de Quito, tomo I, pág. 255.

La noticia de la gran victoria llegó muy pronto á Caxamalca; y grande y ruidosa fue la alegría que produjo, no solo en el campamento de Atahualpa sino en la ciudad y en sus alrededores; porque todos acudian ahora á porfia á congratular al vencedor y á prestarle homenaje. El príncipe de Quito no vaciló en tomar la borla encarnada, diadema de los Incas. Su triunfo era completo. Habia vencido á sus enemigos en su propio territorio; se habia apoderado de su capital; habia humillado á su rival, y conquistado el antiguo cetro de los hijos del Sol. Pero la hora de su triunfo estaba destinada á ser la de su mayor humillacion. Atahualpa no tenia el don de profeta, y no habia leído lo que estaba escrito en el cielo. El pequeño punto que el ojo perspicaz de su padre habia descubierto en los remotos límites del horizonte, aunque poco visible para Atahualpa, que estaba empeñado en una lucha mortal con su hermano, se habia levantado ya hasta el zenit, estendiéndose mas y mas hasta que envolvió en su oscuridad á todo el firmamento, y preparándose á estallar en truenos y relámpagos sobre la desgraciada nacion.

CAPITULO III.

Los españoles desembarcan en Tumbes.—Pizarro reconoce el pais.—Fundacion de San Miguel.—Marcha á lo interior.—Embajada del Inca.—Aventuras del viaje.—Llegada al pie de los Andes.

1532.

DEJAMOS á los españoles en la isla de Puná, preparándose á desembarcar en el vecino continente por parte de Tumbes. Este puerto estaba á pocas leguas de distancia, y Pizarro, con la mayor parte de los suyos, hizo la travesía en sus bosques, mientras que algunos pocos se quedaron detras para trasportar los equipajes del gefe y los pertrechos militares en algunas de las balsas de los indios. Una de estas embarcaciones que primero tocó en tierra, fue rodeada por los indígenas, y tres personas que en ella se hallaban fueron arrebatadas á los vecinos bosques y asesinadas allí. Los indios se apoderaron en seguida de otra de las balsas que contenia el equipaje personal de Pizarro; pero como los hombres que la defendian pedian á gritos socorro, llegaron estos á oídos de Hernando Pizarro, que con unos cuantos ginetes habia desembarcado cerca de aquel punto. Entre el lugar donde este se hallaba y aquel en que estaba la partida atacada tan vigorosamente por los indios, mediaba un ancho trozo de tierra pantanosa. La marea estaba baja, y el fondo era blando y peligroso. Pero olvidándose de todos los peligros, el valiente caballero metió espuelas á su caballo, y penetrando con los suyos en la fangosa profundidad, con el fango hasta las sillas, echaron á correr, hasta que cayeron en medio de los enemigos, que aterrados por la extraña aparicion de los ginetes, huyeron con precipitacion y sin la mas leve resistencia á los bosques.

No es fácil explicar esta conducta por parte de los naturales de Tumbes, considerando las amistosas relaciones que tuvieron con los españoles en su visita anterior, renovadas posteriormente en la Puná. Pero mayor fue el asombro de Pizarro cuando al entrar en la ciudad la encontró no solamente desierta, sino, con la excepcion de unos pocos edificios, enteramente destruida. Cuatro ó cinco de las casas particulares mas fuertes, el gran templo y la fortaleza, y estas muy deterioradas y sin vestigios de sus adornos interiores, era lo único que existia para indicar el punto donde la ciudad estuvo, y para dar testimonio de su antiguo esplendor (1). Esta lúgubre escena llenó de

(1) Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 185.

desaliento á los conquistadores; porque hasta los nuevos reclutas, que jamas habian estado en esta costa, habian oído referir los cuentos maravillosos de los tesoros de Tumbes, y abrigaban la seguridad de encontrar aquí ricos despojos que los recompensasen de sus fatigas. Pero el oro del Perú se asemejaba á un fantasma engañador, que despues de hacerse seguir por los conquistadores al traves de trabajos y padecimientos, desaparecia en cuanto estos querian abrazarlo.

Pizarro despachó una corta partida en persecucion de los fugitivos; y despues de algunas ligeras escaramuzas se apoderó esta de algunos de los naturales, entre los cuales la casualidad quiso que se hallase el curaca del lugar. Traído ante la presencia de Pizarro, negó haber tenido participacion alguna en las hostilidades que habian sufrido los blancos, atribuyéndolas á una fraccion rebelde de su pueblo, y manifestando sus deseos de entregar á los criminales á la justicia de los conquistadores si podian ser habidos. Esplicó el desmantelamiento de la ciudad por las largas guerras que habia tenido con las tribus feroces de Puná, que al fin habian logrado apoderarse de ella, obligando á los habitantes á refugiarse en los bosques y montañas. El Inca, cuya causa defendian, estaba demasiado ocupado con sus propias guerras para defenderlos de sus enemigos.

No sabemos si Pizarro creyó lo que el cacique dijo en su defensa. Sin embargo, disimuló sus sospechas, y como el señor indio prometió obediencia en su nombre y en el de sus vasallos, el general español consintió en que no se volviese á hablar de este negocio. Parece que en esta ocasion conoció por vez primera la necesidad de atraerse el amor del pueblo en cuyo territorio habia penetrado á pesar de la inmensa desproporcion numérica. Quizas los escesos que habian cometido los españoles en los primeros pasos de la expedicion, fueron causa de que perdiese el pueblo de Tumbes la confianza que tenia en ellos, y lo que les incitó á estas traidoras represalias.

Pizarro preguntó á los naturales que ahora, bajo promesa de impunidad, venian al campamento, qué habia sido de los dos españoles que entre ellos dejó en su expedicion primera. Las repuestas que le dieron fueron oscuras y contradictorias. Algunos decian que habian muerto de una enfermedad epidémica; otros que habian perecido en la guerra con los de la Puná; y otros por fin indicaron que habian perdido la vida de resultas de un ultraje hecho á las mujeres indias. Fue imposible averiguar la verdad; pero lo último no era lo menos probable. Sin embargo, sea cual fuere la causa, lo cierto es que habian perecido.

Esta noticia aumentó el desaliento de los españoles, que no pudo disiparse ni con las brillantes pinturas que les hicieron los indígenas de la riqueza del pais, y del esplendor y magnificencia del soberano en su remota capital mas allá de las montañas. Ni fue posible convencerlos de la autenticidad de un pedazo de papel escrito que entregó á Pizarro un indio á quien se lo habia dado uno de los dos españoles que se quedaron en el pais. «Sea quien fuere, decia el escrito, el que desembarque en este pais, sepa que contiene mas plata y oro que hierro hay en Vizcaya.» Cuando se enseñó este papel á los soldados, dió pábulo á sus burlas solamente, porque creyeron que era una ingeniosa invencion de su capitán destinada á alimentar el fuego de sus esperanzas quiméricas (2).

« Aunque lo del templo del Sol en que ellos adoran era cosa de ver, porque tenían grandes edificios, y todo el por dentro y de fuera pintado de grandes pinturas y ricos matices de colores, porque los hay en aquella tierra.» Relacion del primer descubrimiento, MS.

(2) En cuanto á todo lo ocurrido en Tumbes, véase Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista, MS.—Oviedo, Historia de las Indias, MS., parte III, lib. VIII, cap. I.—Relacion